



CAPÍTULO XI.

EN aquella sala de baile, más que en ninguna otra, podía juzgarse de la sociabilidad y cultura de la concurrencia por su manera de portarse. Cuando no sonaba la música, la sala aparecía despejada; todos los hombres se habían alejado del centro de la reunión para apostarse en las piezas inmediatas ó en el corredor, esquivando el contacto y la conversación con las señoras. Estas, á su vez, ocupaban todos los asientos y permanecían inmóviles y silenciosas en estos entreactos del baile, en los que se entregaban á la crítica y comentarios sobre las otras señoras, en voz baja y en tono de cuchicheo.

El objeto de toda reunión en buena sociedad es la conversación, el trato de los unos con los otros, el estrechamiento de las relaciones superficiales, el fomento de las relaciones ya contraídas y la adquisición de nuevas relaciones. Los bailes, los conciertos y las comidas son puramente el pretexto social, pero no el objeto. Las personas cuya cultura está muy lejos de llegar al refinamiento, van á los bailes sólo por bailar, y á las comidas sólo por comer. Esta es la razón por la cual aquella sala se despejaba con la última nota de cada danza: los dos sexos eran el aceite y el agua que, sacudidos al compás de la música, se juntaban para separarse apenas entraban en reposo.

No había un solo pollo, por desalmado que fuese en la calle, que osara atravesar solo el salón; aquello era un sacrificio casi doloroso.

Después de un largo intervalo de silencio, los pollos que parecían más intrépidos, en razón de los grados de entusiasmo inspirado por alguna joven, se animaban mútua-

mente desde la puerta para emprender aquella travesía de uno á otro extremo de la sala, orlada de señoras.

—Acompáñame, Suárez.

—Para qué?

—A atravesar la sala para pedirle la que sigue à Chole.

—No, chico, no me atrevo; deja que empiece la música.

—Vamos desde ahora.

—No.

—Por qué?

—Si vieras que mortificación me da atravesar la sala.

—Oye; pues á mí también.

—Me parece que la sala tiene un cuarto de legua.

—A mí me tiemblan las piernas.

—A mí no: pero me parece que piso en huevos.

—A mí me sucede, que pido la pieza, me dicen que sí, y ya no me ocurre qué decir; me quedo callado después de decir muchas gracias, y tengo que volver á atravesar la

sala. Entonces me parece que todas las señoras me critican mi modo de andar, mi corbata, mis botines, ó algo.

—O tus patillas.

—Ya empiezas con las patillas! ya verás dentro de un año.

Mientras los pollos se aborregaban en la antesala y en las puertas, las señoras se entregaban á sus críticas.

—Quién es aquélla, preguntaba una señora grande á su hija que tenía al lado, aquella de los moños azules?

—Es una muchacha de la vecindad, se llama Juvencia y va á la escuela nacional.

—Sabe V., Juanita, le decía una señora mayor á otra contemporánea, sabe V. que no me da muy buena espina la señora de la casa?

—Por qué? D.^a Gualupita.

—Porque... en primer lugar, no es tan bonita como dicen, está muy pintada.

—Eso, ya sabe V. que todas...

—Ya se vé, si hay algunas que parecen ratas de panadería.

—En segundo lugar, prosiguió la señora, porque tiene una manera de sentarse... Vea V. ahora, con disimulo. Es cierto que tiene muy bonito pié y está muy bien calzada, pero los enseña demasiado. ¿No le parece á V?

—Sí, ya había yo notado. Pero yo sé algo peor.

—Qué?

—Dicen que no es mujer legítima del general.

—Eso si que no, D.^a Gualupita. Ya sabe V. lo que son las gentes de habladoras. No, en cuanto á eso, yo sí creo que es su mujer legítima. De otro modo cómo había yo de permitir que vinieran mis hijas.

—Ello es que se dice. Y aún hay más, hay quien conozca á su mujer verdadera y á sus hijas.

—En eso está el error. La otra es la que no es su mujer legítima.

—Calle V., que cosa!

—En eso está el misterio.

Durante este pequeño diálogo cuatro po-

llos juntos habían abordado por fin la empresa de atravesar la sala, y detrás de ellos vinieron los demás á tomar sus compañeras ya cuando los músicos habían empezado á tocar.

A eso de las once y media el Chino había destapado algunas botellas y había hecho circular entre los concurrentes algunas docenas de copas, por vía de aperitivo; copas que empezaron á derramar su influencia en la sala, donde ya se hablaba más recio; y algunos pollos aún se atrevían á cruzar la sala y formar grupos en el centro.

La segunda danza que el diputado bailó con Julia, tuvo una prosodia tan elocuente, que el General les puso el veto con solo esta palabra:

—Siéntate.

Pero Julia, que no se doblegaba, le contestó con un dengue, y á la segunda intimación con una rabieta. Entonces el General se dirigió al diputado y le dijo al oído:

—Siente V. á Julia.

Estas palabras fueron dichas en un tono

tan brusco, que el diputado obedeció, no sin protestar con la mirada.

Julia al notar que el diputado iba á sentarla exclamó:

—No puedo ver á los cobardes.

Y soltándose del brazo del diputado se dirigió al empleado padre de las *muchachas de allá enfrente* y le dijo con una afabilidad y una dulzura desusadas:

—Quiere V. bailar un pedacito de danza conmigo?

El pobre empleado que ya no bailaba danzas y que había hablado muy pocas veces con Julia, no pudo articular una palabra; pero la mano de Julia estaba ya sobre su mano, y había que dar la otra á la pareja de enfrente. El empleado se fascinó de tal manera, que no supo lo que hacía: sintió el contacto del raso en la palma de su mano derecha, y el de la mano de Julia en la suya, y un torrente embriagador de aromas que brotaban del seno de Julia como del cáliz de una magnolia. Le pareció que soñaba y se movía al compás de la música pero in-

consciente; se sentía ligero, agil, y enteramente apto para el baile. ¡Cosa rara! la última vez que bailó con su mujer la rompió el vestido y la pisó dos veces, y ahora se sentía todo un bailarín. Era bajo de cuerpo, más bajo que Julia, y á veces los pétalos de unas gardenias que Julia llevaba en el pecho, le rozaban las narices, le hacían cosquillas y lo atraían, no obstante, como á la abeja la miel. Era para él una sensación nueva, inusitada, y que no había experimentado jamás. A cada vuelta de wals volvía á sentir el cosquilleo de aquellos pétalos de género, y le vino la tentación de besarlos, tentación que al brotar en su cerebro realizó su boca, y besó las flores sin que Julia ni la concurrencia lo notaran.

De repente oyó una voz á sus espaldas que decía.

—Mira, mira á mi papá como se entusiasma.

—Muy bien papacito, agregó otra voz, qué milagro es ése!

El empleado temió que sus hijas hubieran visto los besos.

Cuando terminó la danza sentó á Julia, le dió las gracias con una expresión que rivalizaba con la de Julia cuando lo invitó á bailar. En seguida se salió al comedor para estar solo con sus emociones y saborearlas á su placer. Allí se encontró al Chino que era el escanciador de oficio, y le ofreció cognac. El empleado estuvo muy amable con el Chino al grado que no quiso tomar solo y los dos bebieron.

Extraña coincidencia! El General, el Chino, el diputado y el empleado habían tenido la misma inspiración de tomar cognac á consecuencia de las inspiraciones que alternativamente había producido Julia en cada uno de ellos.

Mientras Julia había bailado con el empleado, el General y el diputado hablaban de pié y con cierto aire de reserva en la pieza aquélla que hemos mencionado al principio de esta historia y que era una

especie de vestíbulo por los diferentes usos á que se destinaba.

Julia, cuando acabó de bailar, pasó á su recámara y pudo observar de lejos que el General y el diputado hablaban aparte. En esto dieron las doce de la noche y la concurrencia pasó al comedor donde estaba ya servida la cena.

Ni el diputado ni el General, se sentaron junto á Julia y ésta sin saber cómo, se encontró de repente sentada entre el Chino y el empleado. Comprendió que algo serio pasaba, pero con la volubilidad que le era propia se fijó más en las inusitadas galanterías del empleado y en los obsequios del Chino, que había vuelto á ponerse pálido, que en los asuntos del General. Bien pronto se generalizó la alegría y empezó á reinar la mayor animación en el comedor. Tras la animación vino el desorden en el que algunas personas que habían cenado á medias cedieron sus asientos á otras que no habían cenado.

Esto dió lugar á la desaparición del dipu-

tado y del General, desaparición que pasó desapercibida para Julia.

Mientras la concurrencia cenaba más ó menos pasaba en la cocina una escena interesante.

—Oiga V. D.^a Trinidad, decía Anselmo, con aire misterioso, á la mujer que había limpiado los romeritos; V. dice que conoce á don Narciso el gendarme.

—Sí.

—Y donde está ahora.

—Para qué?

—Lo podemos necesitar.

—Adios; á que V.

—Formal, D.^a Trini. Yo estuve oyendo en la azotehuela que el General y otro señor se estaban.... pues estaban averigüando.

—Y qué.

—Posque se van á dar de balazos.

—No me lo cuente V. D. Anselmo!

--Por vida de V.

—Y cuando? aquí, en la casa?

—No. Si ya se fueron.

—Con que están cenando!....

—No, D.^a Trini. Ya se salieron el General y el otro señor que dicen que es diputado, el señor Rosalitos y otro más: salieron cuatro, y yo creo que es cosa de desafío.

—Válgame la Virgen Santísima, D. Anselmo!

—Por eso le decía que era bueno avisarle al gendarme.

—Pero oiga, que nadie lo sepa.

—Voy á ver si está allá abajo, porque no sé si estará franco.

La criada salió de la cocina para ir á buscar al gendarme.

Anselmo tenía razón; el General y el diputado iban á batirse al rayar el día. Los testigos eran el otro diputado y Rosalitos.

